

Centenario del M. General José Miguel Gómez

Con motivo del Centenario del Mayor General José Miguel Gómez, la Asociación Nacional de los Emigrados Revolucionarios Cubanos, organizó una velada dedicada a dicho patriota, y al gran amigo de Cuba, Coronel Teodoro Roosevelt, escogiendo como fecha para la celebración del importante evento, el 4 de julio, fecha gloriosa de la independencia de los Estados Unidos del Norte. El Dr. Juan Francisco Zaldivar, tuvo a su cargo el panegírico del ilustre americano, y el Dr. Gabriel García Galán, el del inolvidable Libertador de Cuba. Reproducimos a continuación el discurso de nuestro director:

Martí
"El mayor general *Julio* José Miguel Gómez, nació el 6 de julio de 1858, y hoy reunidos aquí en la Casa de los Emigrados Revolucionarios Cubanos, templo de la libertad, lugar como pocos para revivir en el recuerdo a los fundadores de la República, sólo a dos días para festejar el centenario del prócer, venimos a hablar del itinerario de su vida, despojados de toda pasión política, y con el sólo propósito de resaltar sus méritos y virtudes, que no podrán negarse a quien, como él, supo luchar denodadamente por la independencia de la patria.

Vió la luz primera en la ciudad de Sancti-Spiritus, en una época de injusticias y vejaciones, en que dominaba la férrea mano de los descendientes de los conquistadores españoles, aquellos que maltrataron y extinguieron a los indios pobladores de la tierra, que Cristóbal Colón al descubrirla, vió como la más hermosa de todas. En aquella ciudad, como en las otras de la isla, seguía latente el espíritu del mal que llevaron en sus mentes y corazones, Pánfilo de Narváez y los secuases que le seguían en sus enormes e inauditas depredaciones.

De familia acomodada, José Miguel lo tenía todo. En la ciudad natal recibe todos los conocimientos de la instrucción primaria, demostrando capacidad para los estudios. Viene a La Habana, y en el año 1875 obtiene el título de bachiller en Ciencias y Artes en el Instituto de Segunda Enseñanza. Tenía entonces diez y siete años de edad. Ya la Década Gloriosa estaba en marcha, y sin vacilaciones se incorporó al movimiento iniciado por Carlos Manuel de Céspedes y otros, en los campos de la Demajagua, el 10 de octubre de 1868.

De la ciudad que lo vió nacer, dejando la buena mesa puesta y las otras comodidades del hogar, marchó a la manigua heroica, dispuesto, a pesar de su juventud a dar la vida por el ideal de independencia o muerte de los paladines del 68. Pronto gana grados en el Ejército Libertador, por su valor y temeridad. El Pacto del Zanjón fue para él, como para

otros libertadores, triste y enorme fracaso de una guerra, que pudo haber terminado en victoria, si los egoismos y las ambiciones, no hubieran puesto piedras en sus caminos. Y prueba de su inconformidad con el nefasto convenio, es que tomó parte en el nuevo intento revolucionario de 1879. Organizó en Sancti Spiritus, con amigos y compañeros, una importante partida dispuesta a todo por el ideal. Era comandante y ascendió a teniente coronel. Desdichadamente aquel nuevo gesto de rebeldía resultó inútil, ya que los diez años de lucha habían dejado lógico cansancio y pesadumbre en las fuerzas libertadoras. José Miguel y los suyos, como también Emilio Núñez y otros, se mantuvieron hasta el último momento en el campo de la revolución, lo que hizo escribir famosa carta a José Martí, asombrado del heroísmo de aquellos indomables libertadores.

De regreso al tranquilo hogar, él como otros, esperó anhelante la hora de la guerra justa y necesaria, que ya venía predicando Martí, el prócer impar, con su apostólica palabra. Los esbirros de la tiranía española lo vigilaban, puesto que sabían de lo que era capaz el valiente hijo del Yayabo. Dada la orden de la nueva guerra, transmitida por Juan Gualberto-Gómez, que supo cumplir a cabalidad las instrucciones de Martí. Levantados en el 24 de febrero de 1895, en Oriente y en Ibarra los hombres del 68 y los pinos nuevos, unidos por la taumatúrgica tarea del forjador del Partido Revolucionario Cubano; José Miguel Gómez, se sublevó en su amada jurisdicción al frente de los patriotas que siempre le seguían. Su primera acción de guerra, fué la de "Manajabo" ganando así el mando de la brigada de Sancti-Spiritus. Pelea sin descanso, no dando cuartel a las fuerzas enemigas, que ya conocían de su valor indomable, y de sus conocimientos en aquella región para vencerlos.

En el año 1896, gloriosa época para el Ejército Libertador, por las grandes victorias de Máximo Gómez, Antonio Maceo, Calixto García y otros, ya el héroe villareño, tenía las estrellas de general de brigada. Se había hecho temible, y los españoles conocían de lo que era capaz con las aguerridas fuerzas que mandaba. Hasta entonces las balas lo habían respetado, pero en el combate de Santa Teresa, lo hirieron en una pierna, y sin estar completamente restablecido de dicha herida, al frente del cuarto cuerpo, sigue con denuedo la contienda. De esa manera tenía el respeto y consideración de los grandes jefes, y la simpatía y el cariño de los que le seguían a la muerte.

La Brigada de su mando, así como las heroicas legiones trinitarias, que mandaba el brigadier Juan Bravo, toman y destruyen el ingenio

Canatirabo, que hasta entonces se había considerado inexpugnable, como fuerte baluarte de los españoles.

Dos acciones de guerra elevaron al valiente peleador, al grado de general de división, y ellas fueron, la toma del Jibaro y la no menos famosa operación sobre el pueblo de Arroyo Blanco, lo suficiente para colocarlo en lugar cimero entre los bravos luchadores por la libertad de la patria irredenta. Fué él un verdadero amigo y protector de aquella juventud, culta y entusiasta, que dió prestigio a la guerra de Martí. Su Estado Mayor estaba compuesto, en su mayor parte de jóvenes, que abandonando las aulas universitarias y cómodas ocupaciones, se incorporaron a la contienda armada, respondiendo al llamado del hombre, que después de encender la inmensa hoguera, en que habrían de destruirse para siempre las humillantes cadenas de la esclavitud, para vergüenza de los que lo dudaron, vino a dar su vida inigualable, en los campos inmortales de Dos Ríos. El hombre que en 1891, dijera en la tribuna del Club Ignacio Agramonte, en Tampa, "yo les traigo la paloma y la estrella en mi corazón", pudo decir —quien podría saber su último pensamiento— "yo hice la guerra y a ella me debo; yo la evoqué; mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí ya es hora".

Terminada la guerra con la derrota de España, el valeroso libertador, con el grado de Mayor General, regresó al hogar, siendo designado delegado de la región villareña a la histórica Asamblea de Santa Cruz del Sur. Laboró en ella, y por su condición de bravo paladín, fué escogido para formar parte de la comisión, que bajo la presidencia del también Mayor General, Calixto García, se trasladó a los Estados Unidos, en importante misión para los futuros destinos de la patria.

El 4 de mayo de 1899, fué nombrado Gobernador Civil de su amada provincia. Con una noción exacta y clara de la manera de sentir de sus coterráneos, conocedor de las pasiones humanas, trabajó intensamente en la difícil tarea de unir voluntades y preparar los ánimos para la afirmación de los ideales de la revolución redentora. Encontró piedras en sus caminos, y como no había de encontrarlas, si ese es fruto silvestre en todos los campos de la humanidad.

De su admirable gestión como Gobernador, quedaron pruebas fehacientes en las memorias archivadas en las oficinas del Gobierno Civil. En dicho cargo se mantuvo hasta 1905, en que el Partido Liberal lo postuló para la primera magistratura de la República, frente a Don Tomás Estrada Palma, candidato de otro Partido, para la reelección. Entonces, a diferencia de ahora, sólo luchaban dos Partidos por la

supremacía de las actividades políticas, sociales y económicas de la nación. Erá el jefe de los republicanos villareños, pero renunció para luchar en el campo de la oposición, siempre lleno de dificultades, pero levantando con ello, la bandera de la renovación política del país. Estimaba, y no le faltaba la razón, que las reelecciones en el gobierno de los Estados democráticos, propiciaban las dictaduras. Vió claramente que aquello traería consigo la revolución, y se sumó a la misma, que trajo días de dolores e incertidumbres para la patria, a los cuatro años de haber logrado su independencia. Lo prendieron, pero el movimiento insurreccional triunfó en sus deseos: la caída del Gobierno, mantenido por el empecinado Gabinete de Combate, que, contra la voluntad de la mayoría del pueblo, quiso mantener en el poder a un hombre, que, a pesar de su historial patriótico, no contaba con las simpatías populares. Ello, y eso fué lo más doloroso, trajo la segunda intervención de la nación amiga, que es justo reconocer, que esa vez quiso evitarla. Terminada ésta y celebradas las elecciones generales, resultó electo José Miguel, el destacado prócer villareño, quien, a partir del 28 de enero de 1909, tuvo que enfrentarse con importantísimos problemas, que había que resolver con tacto y mesura en bien del porvenir de la República, entre ellos, la situación financiera del país, así como la organización del Poder Ejecutivo. No podrá nunca negarse, que su periodo presidencial fué pródigo en numerosos aciertos. En lo económico, logró el crecimiento del Comercio, la banca se consolidó y los valores rindieron óptimos frutos. Conocedor profundo de las necesidades de su pueblo, y ante la escasez de recursos en el Tesoro, tuvo que poner a contribución medidas capaces de resolver difíciles problemas.

Durante los cuatro años del Gobierno del general Gómez, que tuvo la habilidad de rodearse de figuras prominentes, como consejeros de su patriótica gestión, se llevaron a cabo muchas obras de pública utilidad, y entre ellas, la pavimentación y alcantarillado de la ciudad capitalina. La Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, a pesar de la pobreza del presupuesto, atendió tan importante y necesaria materia. Se crearon nuevas escuelas y se fundaron las Academias de la Historia de Cuba y la de Artes y Letras, así como el Museo Nacional. Es innegable, que tras una enconada lucha de pasiones, puso todos sus empeños en restablecer la calma, logrando al fin apaciguar los ánimos, para borrar enconos en la familia cubana. Y estimando que era necesario garantizar la estabilidad de la República, reorganizó el Ejército y creó la Marina de Guerra Nacional, dotándola de medios efectivos para su labor.

Terminado su mandato y después de unas elecciones llevadas a cabo dentro de una normalidad, distinta a otras realizadas en años subsiguientes, marchó para su hogar, santificado por la presencia de su excelente esposa América Arias, noble y generosa, y la de su hijo Miguel Mariano, quien a través de los años ocuparía también la presidencia de la Nación.

Transcurridos cuatro años, demostrando una vez más su oposición a las reelecciones presidenciales, combatió la candidatura del general Mario García Menocal, y para ello aceptó su postulación, respaldada por sus correligionarios, amigos y admiradores. Aquellas elecciones, desenvueltas en forma violenta, motivó un gran movimiento armado, siendo jefe del mismo el candidato derrotado. Dicha revolución, a pesar de su fuerza, tuvo rotundo fracaso, al caer prisionero en Caicaje el mencionado caudillo, libertado después en mérito a su jerarquía como libertador. Tenía pruebas fehacientes de la ilegalidad de las elecciones, pero nada pudo hacerse frente a la parcial simpatía demostrada por el entonces Embajador de los Estados Unidos, simpatizante del Gral. Menocal.

A partir de ese momento, aunque naturalmente dolido del doloroso fracaso sufrido, pero sabedor de las simpatías que gozaba entre las clases populares, principalmente, no dejó de ver con interés el desenvolvimiento político del país; pero sin aquella fe de otros días inolvidables, y sintiéndose decepcionado por cosas, que a su juicio habrían de perjudicar la propia vida de la nacionalidad lograda a fuerzas de heroísmos y sacrificios, partió lejos de Cuba, para los Estados Unidos, donde poco después, el 13 de junio de 1921, dejó de existir, en caso similar a otro paladín de la libertad, el egregio holguinero, mayor general Calixto García Iñiguez.

Su sepelio, efectuado en su patria, fué extraordinaria demostración de lo que su pueblo lo quería y lo admiraba.

Aunque en este sencillo estudio biográfico de la recia personalidad del eximio patriota, hemos procurado destacar preferentemente su actuación en los campos de la guerra, era lógico y precisaba referirnos, a los puntos más salientes de su vida en la era republicana, puesto que llegó a ocupar la primera magistratura de la nación, teniéndose que enfrentar con los múltiples problemas que encuentran en sus caminos, empresas de esa naturaleza.

Fué aplaudido y criticado; fué combatido, ¿y quién no lo ha sido y será en el desenvolvimiento de las actividades humanas? Desde el día glorioso, 20 de mayo de 1902, hasta la fecha, han pasado tantas cosas, que podemos, en esta noche, en que estamos honrando a dos figuras prominentes del mundo, repetir las palabras de Jesús, ante la multitud airada que perseguía a María Magdalena, pecadora: "el que esté libre de culpas, que tire la primera piedra".

El Dr. Ramiro Guerra, historiador, publicista y maestro, hablando de nuestros libertadores, expresó esta idea, que compartimos: "Nuestros héroes no fueron ángeles". José Miguel Gómez no lo fué, pero no lo eran la mayoría de los que lo combatieron a sangre y fuego. Más nadie podrá decir que no fué uno de los fundadores de la nacionalidad, y que después en los días de la paz republicana, es pecialmente en su período presidencial, de 1909 a 1913, hizo obras de reconstrucción nacional. Político sagaz, con un don de gente que le permitía la práctica constante de una democracia, que ya traía desde los días de la guerra liberadora, laboró intensamente para consolidar la independencia y la soberanía de la patria, a la que dió los mejores años de su existencia".

VAZQUEZ Y VAZQUEZ

(ANTIGUA CASA MAXENCHS)

Flores de todas clases.

Trabajos de arte.

CONSULADO

ENTRE SAN MIGUEL Y SAN RAFAEL.

Telf. ML-1048